

**Simon Blackburn, *Sobre la Bondad*, Cambridge, Universidad de Cambridge, 2002, 237 pp.**

GABRIELA SOTO JIMÉNEZ

Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo

¿Qué fue primero: el cumplimiento del deber o la norma; la moral o la piedad religiosa? ¿Hasta dónde la costumbre reina sobre otras posibilidades de elección en el comportamiento moral? ¿Sería universal la esencia de la ética, suponiendo que tal esencia existiera? ¿Se puede hablar de una fundamentación de los valores cuando todavía tienen plena vigencia los paradigmas de la posmodernidad?

Estos son algunos de los planteamientos más sólidos con los que Simon Blackburn —profesor de la Universidad de Cambridge— estructura los capítulos de su libro *Sobre la bondad*. A través de certeros avances temáticos, lleva al lector a lo que él llama *la encrucijada de la normatividad*, donde debidamente dimensionada resurge la problemática del ser moral y la necesidad de una deontología (o ciencia del deber ser) ante la disyuntiva de quedarnos en el escepticismo, o de recuperar algún tipo de fundamento para la racionalidad del discurso ético y la vigencia de la moralidad.

Pese a los tecnicismos imprescindibles y la seriedad que los temas acreditan en el estudio del problema, de algún modo Blackburn se las ingenia para darle a su libro un tono de divulgación coloquial que le ha valido su colocación en la categoría de *Best Seller*. De esta manera, logra que sus lectores se sumerjan en el fascinante y complejo mundo de las ideas éticas que inciden en la vida diaria en forma de apoyo teórico, inspiración y hasta justificación de las acciones concretas de la moralidad o la inmoralidad.

A lo largo de sus páginas desfilan las diversas propuestas que, en materia de esclarecimiento, encauzamiento y fundamentación del acto moral, han sido expresadas en la Historia de la Filosofía. Por su alcance, originalidad o fuerza expresiva, a juicio del autor tales propuestas se han constituido en los referen-

tes obligados para la elaboración dialéctica y las ulteriores búsquedas sobre el deber. Así, revisa las ideas de los estoicos, los epicúreos, Platón, Aristóteles, Hume, Immanuel Kant, Voltaire, Friedrich Nietzsche, Russel, Michel Foucault y Jünger Habermas.

Desde dicho contexto, el autor dibuja una compleja trama de acreditación o desacreditación de diversas ideas éticas, en medio de lo que reconoce como la preocupante serie de amenazas provenientes del escepticismo, el relativismo, el subjetivismo y el nihilismo. Estos sistemas filosóficos generan o se vinculan a la actual gama de situaciones que van desde el desconcierto, el desanimo, el egoísmo reconcentrado, la ausencia de compromisos y la hipocresía, hasta el temor de no contar ya con la orientación y el arbitraje de una autoridad moral superior de índole orientadora y coercitiva.

Sin pasar por alto lo relacionado con los grandes desafíos de la moral social —como serían la justicia en la era de la globalización, las asimetrías en las relaciones de competencia entre los países, etcétera— Simon Blackburn explora algunas líneas de investigación acerca del control tecnológico y de sus posibles usos indebidos. Considera que los avances de la ciencia en el desciframiento del código genético anuncian la hora de la venganza para la eugenesia, lo cual sugiere toda clase de imágenes de seres humanos estilo Frankenstein, diseñados a la carta entre los distintos elementos del genoma. Pero esta clase de imágenes son, cuando menos, prematuras —apunta el autor con un dejo de ironía—, al mismo tiempo que ejemplifica con la fantasía eugenésica de quienes sueñan con clonar a Adolfo Hitler, advirtiéndoles la imposibilidad de que tal hecho sucediera en términos reales, puesto que habría que tener en cuenta el peso de los condicionamientos ambientales.

Ante la casuística y el consecuente problema ético del aborto, el autor formula algunas observaciones pertinentes de orden ontológico. El típico interrogante de si se trata o no de un ser humano, o sólo de un conjunto informe de células, ha de ser considerado de acuerdo a cada caso particular, con estricto respeto a las decisiones de cada persona. Aquí, se permite otro toque de humor respecto del gradualismo rigorista de algunos pronunciamientos; por ejemplo, a quienes sostienen que se trata de una persona en potencia desde el primer momento de la concepción, les asegura que *potencial* es una palabra peligrosa. Dice, por ejemplo, que una flor amarilla es un tipo de flor. Pero el

hecho de que una bellota sea un roble *potencial* no significa que ella misma sea un roble. Mi coche es una chatarra *potencial*, pero no es una chatarra, y el derecho de que no sea una chatarra potencial no le da derecho a nadie a tratarlo como tal.

Cierta ambigüedad deontológica queda flotando mientras que conduce la polémica al terreno de la conveniencia legal de despenalizar este tipo de prácticas. Así pues, el aborto no debería practicarse en un mundo ideal, pero la función de la ley no es prohibir o castigar cada desviación de lo que sería un mundo ideal, asegura Blackburn con la contundencia de quien sabe lo que dice. Aunque al lector le tocará discernir si esta seguridad argumentativa es sofista o no lo es.

Como suele suceder en tal tipo de controversias, la primera objeción surgiría al estrado al cuestionarse las diversas concepciones que de lo humano pudieran tener los involucrados; esto es, del andamiaje conceptual y teórico que sustentaría la ontología de lo humano, posible de ser suscrita por una antropología filosófica determinada. Ello podría considerarse su flanco débil.

No obstante, las mejores páginas del libro *Sobre la bondad*, Blackburn las reserva para el desafío relativista que hasta cierto punto considera grave —por aquello de las tendencias globalizantes—, puesto que las diversas culturas del mundo se ven en la necesidad de interactuar y, por ende, de fijar códigos relacionales que garanticen el respeto a la diversidad, pero también el crecimiento moral del individuo y de la sociedad. Estas posturas deberían respetarse para alejar el peligro del relativismo, mismo que deriva casi siempre en subjetivismo; es decir, en la afirmación de que cada persona tendría todo el derecho de asumir el criterio acerca del bien y el mal de una forma más que libre: libérrima.

Blackburn baraja otra vez una serie de acercamientos teóricos, comenzando por el escrutinio de las propuestas platónica y aristotélica. Platón privilegia la contemplación de la Verdad y el Bien supramundanos como base de una vida virtuosa, mientras que Aristóteles postula una Ley Natural de la vida humana fincada en la racionalidad. Ambos sistemas éticos son altamente problemáticos para aquél, ya que se centran en la buena voluntad. Por lo anterior, al glosar la solución kantiana se formula la obligada pregunta: ¿qué es y en qué consiste la buena voluntad? y si ésta inmediatamente tiene que vincularse

al deber puro, es decir, al deber provisto de otro tipo de inclinaciones, como el interés personal, la vanidad o incluso la benevolencia.

Para Blackburn, una buena voluntad es aquella que se basa en un cierto tipo de un buen motivo; es aquella que actúa movida por el respeto a la ley o por el sentido del deber. Así, el deber es la necesidad de una acción por respeto a la ley, puesto que somos capaces de representarnos leyes para guiar nuestras acciones; una buena voluntad sería aquella que actuaría de acuerdo a estas representaciones. De esta manera, tampoco el filósofo de Königsberg se salva de las objeciones del autor, quien afirmará que no servirá de nada decir 'actúa por sentido del deber'. Ello porque ante la pregunta: '¿cuál es mi deber?' la única respuesta posible sería 'actuar por el sentido del deber', lo cual nos remite a un círculo VICIOSO.

La síntesis personal del autor parece clara, aunque en ocasiones se le ve fluctuar entre el empirismo de Hume y una ética del discurso, que incorpora elementos tanto de Jurgen Habermas como de los recientes trabajos aportados por el filósofo norteamericano T.M. Scanlon. Destaca las coincidencias que estos dos últimos tienen acerca de la búsqueda de aquellos elementos favorecedores del consenso y del esclarecimiento de un punto de vista común respecto a las normas de conducta.

Sin dejar de lado su optimismo acerca de la capacidad de los seres humanos para desarrollar bondad con naturalidad, el autor pasa revista a los pequeños logros que en materia de progreso moral ha hecho la sociedad a través de la historia, donde la tolerancia, el reconocimiento del multiculturalismo y las formas plurales de expresar lo humano constituyen verdaderos avances. Según Blackburn, nadie se siente cómodo hoy día con la certeza generalizada de la época colonial de que nuestra personal manera de hacer las cosas es la correcta y de que debíamos obligar a los demás a hacerlas del mismo modo.

De esta suerte, hay que reconocer que la solución a los males morales que nos aquejan contemporáneamente, en gran medida depende de que los seres humanos nos preocupemos por imprimirle a nuestros actos el sello de la racionalidad, dejándonos guiar siempre por la benevolencia.

En definitiva, no hay otra forma de superar el subjetivismo fuera de la internalización de los valores, ya que, según eso, somos nosotros quienes los establecemos para nosotros mismos y también para los demás; por ejemplo,

cuando exigimos respeto por el civismo o ensalzamos el autodomínio. Cada quien dará o no sus diferentes razones para actuar; sin embargo, la forma de interpretar lo que hacemos no tiene por qué ser corrosiva o escéptica. Esta es la conclusión del último capítulo.

Así pues, para Simon Blackburn, el desafío relativista sólo puede ser enfrentado desde una racionalidad ilustrada, abierta y sensible a la intersubjetividad y las necesidades de expansión y desarrollo que todos tenemos. Solamente podemos enfrentar las crisis morales desde un determinado conjunto de valores con los que nos identifiquemos tanto en lo individual como en lo colectivo.

*Sobre la bondad* puede ser considerado un libro propedéutico cuya validez quizás esté menos en relación con la profundidad y originalidad de sus soluciones, pero definitivamente más en relación con la calidad de sus planteamientos, en ocasiones expuestos con bastante crudeza, pero siempre con mucha lucidez y gran alarde de recursos estilísticos.